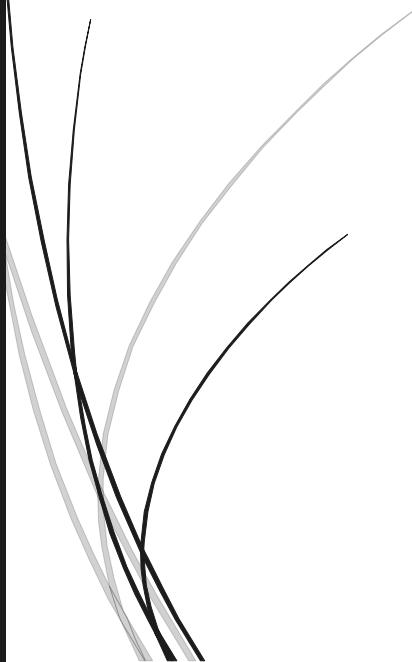


***LA BANDA
DE LOS
CUATRO
(VERSIÓN
CARPETOVETÓNICA)***



***LA BANDA
DE LOS
CUATRO
(VERSION
CARPETOVETÓNICA)***

E. LARBY

Autor: E. Larby
Diseño de cubierta: AI
ISBN: 98794038900876
© E. Larby
Año: 2026
Editoriales: Bookmundo, Ingramsparks
Web: publish.mibestseller.es/elarby
e-mail: e_larby@hotmail.com

DEDICATORIA

*A mi tribu, mi esposa, hijos y nietos.
Y muy especialmente a mi nieta Mikaela por su
graduación en la Universidad de Princeton*

ÍNDICE

I PREÁMBULO	1
II. ¿POR QUIÉN NO DOBLAN LAS CAMPANAS?	5
III EL NARCISO PLAYERO	9
IV LA BANDA	19
V.LA CAZATALENTOS	35
VI EL CALDO DE CULTIVO	45
VII LAS MANOS NEGRAS.	113
VIII A IMAGEN Y SEMEJANZA	155
IX ASALTO AL PODER	175
X LA BOLA DE CRISTAL	197
XI TOCATA Y FUGA	225

I PREÁMBULO

LA BANDA DE LOS CUATRO.

El título de *La banda de los cuatro* no se refiere a la de los chinos¹, que fue la original, ni a la de la Audiencia Nacional², sino a otra banda más cutre, más carpetovetónica y rústica, pero igual de corrosiva y repugnante que las mencionadas bandas. El autor ha tratado de reflejarlo en forma de parodia triste y depresiva, pero parodia al fin y al cabo.

Por ello, debo advertir que cualquier parecido con la realidad es puramente...intencionado.

¹ LA BANDA DE LOS CUATRO CHINA

En sus últimos años de vida, Mao estaba siendo cuestionado por miembros importantes del Partido Comunista Chino, como Liu Shaoqi, Deng Xiaoping y Peng Zhen. Además, estaba cada vez más influenciado por su esposa, la fría y ambiciosa Jiang Qing y por un trío de dirigentes relevantes del Partido —Zhang Chunqiao, Yao Wenyuan y Wang Hongwen—, en lo que se conoció como «la banda de los cuatro», que, al rebufo de la Revolución Cultural, propició una purga contra los adversarios de Mao.

La lucha por la sucesión del Gran Timonel la había comenzado Jiang Qing, patrocinada por Mao, que estaba al frente del aparato

cultural del Estado desde 1966 y se postulaba como su heredera — incluso en contra de los designios de su marido—, pues ese mismo año, Mao había designado al prestigioso militar Lin Biao como su sucesor al frente del Partido Comunista. Sin embargo, Lin Biao murió en un extraño accidente de aviación, lo que avivó las ambiciones de Jiang.

Las ambiciones de Madame Mao se vieron frustradas cuando, tras la muerte del tirano, las distintas facciones del Partido Comunista buscaron una solución de consenso. El elegido fue un anodino y desconocido personaje, Hua Guofeng, considerado por muchos como el típico tonto útil al que podrían manejar como a una marioneta. Por suerte para China, este no les salió rana, como ocurrió en España cuando, tras broncas mil y múltiples disputas internas, los socialistas eligieron a un bobalicón cuya seña de identidad era una permanente sonrisa de retrasado mental y que, desgraciadamente para España, resultó ser un perverso y maléfico individuo.

Ya habrán advertido que me estoy refiriendo al siniestro y malévolo Zapatero.

² LOS DE LA AUDIENCIA NACIONAL.

En la judicatura, como en todos los ámbitos de la vida — médicos, periodistas, políticos, ciudadanos anónimos y otras gentes de mal vivir—, hay gente buena, mala, regular y mediopensionistas; decentes y lo contrario, honrada y no tanto.

En esa institución hubo un cuarteto que, durante mucho tiempo, fue la «comidilla» de los enterados de la Corte y Villa.

Gentes que antepusieron sus ideologías políticas por encima de las jurídicas. El cuarteto lo componían un fiscal anticorrupción; un magistrado famoso por sus ideas «progresistas»; un juez con un ego tan desmesurado que, si se caía de él, moriría estrellado; que ,además, tenía tales ansias de notoriedad que se apuntaba a todas las causas

de relumbrón para acaparar portadas y editoriales —y que terminaría siendo expulsado de la carrera judicial por prevaricar—; un tercer juez muy controvertido por sus extrañas decisiones; y un cuarto igual de ávido de notoriedad y de aparecer en las portadas de los periódicos.

Y todos ellos tenían en común su aversión a los «reaccionarios» de la derecha y su comunión con el «progresismo», si es que alguien puede explicar qué significa esa expresión.

Y, como musa de ellos, una señora que consideraba que la información «vaginal» era un éxito asegurado y que, con esta filosofía, llegó a ser ministra de Justicia y, sin solución de continuidad nada menos que a fiscal general del Estado.

LA VERSIÓN CARPETOVETÓNICA

No eran tan sutiles ni sibilinos como los chinos, ni tan ilustrados como los magistrados; eran rústicos, primitivos y burdos, pero tan nocivos y tóxicos como ellos.

Y, por desgracia para nuestro país, pronto —demasiado pronto— lo demostrarían.

II. ¿POR QUIÉN NO DOBLAN LAS CAMPANAS?

El país hacía muchos años que había perdido el norte —el pueblo, a su especial manera, seguía siendo católico — pero el gobierno filocomunista y sus plañideras habían decidido —por sus santos bemoles—, que no solo era agnóstico, sino profundamente anticatólico.

Los dirigentes de la Iglesia española —siempre tan acomodaticios ellos —habían perdido sus prebendas y canonjías y se habían sentido traicionados, lo que no era de extrañar, porque habían estado «lidiando» con un tipo que, además de haberse declarado ateo contumaz, cambiaba de chaqueta cada cinco minutos.

Por ello, cuando un periódico digital lanzó la bomba, nadie se lo creía: miraban el calendario para cerciorarse de que no era una inocentada.

Una cardiopatía ocultada durante años —pero conocida por los enterados— le había provocado un ataque cardiaco. El líder supremo, el dios viviente era humano.

La sociedad, que ya estaba dividida en dos bandos irreconciliables, se polarizó aún más; por un lado estaban «los afligidos» y por otro, «los jubilosos».

En el primero se agrupaban los «sindicalistas come gambas» con los chiquilicuatres, los empesebrados periodistas, los subvencionados titiriteros, los, les y las

trepas, los nacionalistas, los separatistas y otras gentes de mal vivir.

En el segundo, la gente de bien: el pueblo llano que había visto bajar su nivel de vida y subir la ocupación de sus barrios por una horda de emigrantes ilegales, los trabajadores autónomos, que estaban siendo «fritos» a impuestos y cortapisas; los propietarios de explotaciones agrícolas, asfixiados por la importación de productos marroquíes, los propietarios de viviendas que asistían impotentes a que se las okuparan, y los demócratas que veían constreñida su libertad de expresión.

A nadie extrañó que el suceso se produjese en el avión presidencial: el sujeto se había llevado la mayor parte de su dilatado mandato —casi quince años— montado en el avión.

En una administración caracterizada por su opacidad, donde la verdad no existía, la noticia dio lugar a múltiples versiones. Aunque se llevaba años especulando sobre la salud del individuo —su demacrado y decrepito semblante, el temblor de sus manos, sus tics nerviosos y sus momentáneas, pero cada vez más frecuentes «abstenciones» en los actos públicos—, nadie podía imaginar que algún día pudiese sufrir un infarto. Parecía —él y sus cuates así lo creían— eterno.

Como los vuelos presidenciales —por motivos de seguridad, argumentaban sus guardianes— se habían declarado secretos, asuntos de Estado, no se sabía —a ciencia cierta— de dónde carajo venía.

Aunque los medios de comunicación —la facho esfera— barajaban dos posibles destinos: la República Dominicana o la China poscomunista —o eso parecía ya que el inmenso país se había convertido al

capitalismo salvaje y estaba inundando de productos superfluos todo el mundo—.

Eran *vox populi* —no tan populi, debido a la autocensura de los medios de comunicación afines, es decir, casi todos— los turbios asuntos que llevaban a que el Falcon, el avión presidencial, realizara numerosos vuelos secretos al país caribeño.

Los viajes a la pujante economía asiática se disfrazaban como «de Estado», aunque en sus siete viajes —que se sepa— nunca se había concretado ningún acuerdo comercial importante.

Las lenguas viperinas —que haberlas, haylas— hablaban de su atracción fatal por una de las jovencitas estrellas de Bollywood.

La sorpresa fue mayúscula, porque hasta ese «fatídico» día solo se le había reconocido una enfermedad: la del poder.

Pero ¿quién había sido Paco Salazar, el cuasi vitalicio presidente español?

Nadie es capaz de decir a ciencia cierta su historia y cómo había llegado a ser el Presidente casi vitalicio de la cuarta economía de Europa.

III EL NARCISO PLAYERO

PACO SALAZAR, PS

Hijo de padre desconocido, cuando su madre —una joven que tenía lo que el vulgo llamaba «furor uterino»— se quedó embarazada, la mujer, que era muy bruta, más corta que Abundio, ese vendió el coche para comprar gasolina, era reconvenida por sus padres, que le decían: «Putón verbenero, ¿con quién te has acostado?». A lo que la joven Cristina contestaba, altanera: «Qué cosas dices, madre; yo no me he acostado con nadie».

Su madre estallaba: «¿iMe estás tomando la cabellera!? ¿Has oído, Pepe?».

Pepe era un alcohólico anónimo que estaba más preocupado por parlotear con su media botella de Tío Pepe y por escuchar el programa deportivo que de lo que su quinta o sexta hija —ya había perdido la cuenta— se metía entre pecho y espalda.

Pasaba de todo, menos de su botella de vino blanco de Jerez, porque él era «mu españo», sobre todo cuando la selección nacional de fútbol, en contra de las expectativas, ganaba algún campeonato.

«A tu hija la dejó preñá, como a la Virgen María, el Espíritu Santo. Hay que ver lo que una tiene que escuchá».

«Entonces, so golfa, ¿cómo es que tienes ese tripón? No me digas que estás hinchada de tomar gazpacho, porque, como hace tanta caló, pues apetece».

«Fue en la puerta del estadio, ¿oyes, Pepe? Mientras tu niña esperaba pa' entrá a ver el furbo, estaba tan distraída que el Espíritu Santo se le metió entre las faldas y ella ni se enteró».

«No, mamá, estaba con un chavea mu guapo, y allí, en la puerta, sucedió, y fue por la noche».

«¿Allí, en la puerta del estadio y en el suelo? ¿Sabes lo que te digo? Que, además de tonta, eres una guarra, tirá en el suelo. Ya que lo haces, hazlo decentemente, ijoder!, por lo menos que te pague la cama. Lo dicho: golfa y encima tonta».

«No estaba tirada en el suelo; fue de pie».

«Pepe, ¿te has enterado de que tienes una hija equilibrista? ¡Folla de pie! ¿Y qué vas a hacer, abortar? De eso nada, que si el niño nace tan guapo como el cabrón de su padre, yo lo quiero tener».

«Bueno, si sabes quién es el padre, tendrás que decírselo y que se haga cargo del paquete, que la vida está mu achuchá y los niños ya no vienen con un pan bajo el brazo; ahora vienen con una “trampa” de 40 000 euros. Y los pañales que la Seguridad Sociá le pasa a tu padre me temo que serán “mu” grandes para la criaturita».

La vieja Manuela ya se estaba poniendo dulce y melancólica, pensando en su nietecito.

«Es que no sé de quién es».

«¿Cómo, coño, que no sabes de quién es? ¿Qué has hecho, te has ventilao a to er equipo de furbo?».

«¡Qué exagerá eres, mamá! Solo a los tres o cuatro más guays de la plantilla».

Pepe, que estaba saliendo de su particular nube etílica, se limitó a comentar: «Esta niña se parece a la pensión Lasquety: entra y sale gente a diario».

«Bueno, esperemos que al menos nos salga un buen pelotero y nos saque de probes».

La Manuela era una mujer muy pragmática, aunque no conocía el significado de esa palabra; ella se decía «mu práctica».

Al tiempo que crecía, PS se iba transformando, cada día más, en un joven muy atractivo, con aspecto varonil y atlético. Practicaba deportes, jugaba al fútbol en la playa y había iniciado sus primeros pinitos en el baloncesto. Medía más de 1,90 metros, pero lo que más satisfacía su ego era la admiración que despertaba en las chicas cuando, en la playa, ensayaba sus posturas de culturista; había iniciado un curso sobre esta actividad deportiva.

A medida que desarrollaba su cuerpo, parecía disminuir el tamaño de su cerebro; cada día se volvía más narcisista y engreído.

Se volvió cada vez más vanidoso, falso, narcisista, camaleónico y farsante, y, sin embargo, se mostraba inseguro; no se valoraba a sí mismo.

Estaba obsesionado con su imagen; quería tener éxito —aunque no sabía en qué— y alcanzar notoriedad.

Sentía la imperiosa necesidad de ser alguien, de obtener reconocimiento. Buscando la admiración de los demás, fingía ser lo que no era hasta el punto de que el personaje devoró a la persona. Llegó a creerse su propio personaje; se volvió extremadamente ambicioso,

competitivo y camaleónico. Hizo suyo aquello de «tanto tienes, tanto vales».

Prácticamente vivía en la playa; se pasaba horas y horas con sus ejercicios y sus posturitas. Un día apareció un grupo de adolescentes suecas que realizaban un crucero de vacaciones escolares.

Para esas jovencitas, el mito del macho ibérico —o español, que daba lo mismo— parecía hacerse realidad al contemplar el cuerpo de ese garañón.

Desinhibidas como eran, se acercaban, le tocaban los músculos y lo besaban. Algunas sacaron de sus bolsos unos billetes y, todas atrevidas, se los metieron dentro de su ajustado bañador tipo bóxer o de competición, hecho de algodón y elastano, con un suspensorio para dar realce a sus atributos.

El gañán se sentía en la gloria y, de pronto, una luz pareció encenderse en su limitado caletre. Esto podía ser una forma, como otra cualquiera, de vivir: como gigoló.

Estaba al tanto de la llegada de los numerosos cruceros que arribaban cada dos o tres días a la ciudad y, a la salida del muelle, se colocaba, vestido con unos pantalones negros tipo pitillo, con un corte estrecho en la parte inferior de la pierna, y una camiseta blanca sin mangas que dejaba al descubierto los músculos pectorales, hombros y espalda. De esta guisa, hacía sus demostraciones de culturismo, al término de las cuales pasaba la gorra.

Mientras actuaba, estudiaba cuidadosamente a sus víctimas, preferentemente mujeres de mediana edad que viajaban solas o con una amiga, y lo miraban embelesadas. Mientras ellas se sumergían en sus húmedos y lascivos

pensamientos, imaginándose a solas con el escultural individuo y en sus posturitas, él hacía una ligera indicación a su compinche, que se dedicaba, con gran destreza, a hurgarles en sus faltriqueras.

Fueron tantos los casos de latrocinio que las autoridades locales se vieron obligadas a intervenir y poner coto al negocio.

La situación se volvió agobiante para el dúo dinámico. Las ganancias disminuyeron; las donaciones voluntarias no eran suficientes para mantener un nivel de vida, no ya digno, sino suficiente. Este hecho y la vigilancia constante de la guardia municipal los hicieron pensar que habría que cambiar de aires.

La Costa del Sol y, concretamente, la lujuriosa Marbella, parecía un lugar muy adecuado para sus habilidades.

Una mañana temprano, robó una moto Vespa, metió en su reducido compartimento delantero un hatillo con un poco de ropa y enfiló la carretera.

EL ENCUENTRO

Los homosexuales han desarrollado, durante sus años de clandestinidad, un olfato extraordinario para reconocerse; una sola mirada y ya se han identificado los unos a los otros. E, igualmente sucede con los maleantes, buscavidas y gentes de mal vivir: enseguida sintonizan, incluso sin haber intercambiado una sola palabra.

PS se había instalado en la playa, ejerciendo de showman, luciendo sus músculos, y por la noche se dedicaba a visitar todos los garitos de la ciudad, preferentemente, las discotecas. Allí, acomodado en la barra, un individuo regordete, semicalvo y con cara de aburrido parecía hablar con su vaso de whisky barato. Una

simple mirada bastó a PS para saber que ese anodino y taciturno ser era uno de los suyos.

SEVERIANO CUENCA (SC)

Había nacido en una aldea de Galicia en la que «un alma caritativa» lo había dejado abandonado en la puerta de la iglesia, eso sí, con una emotiva carta de despedida de su desolada madre.

Nació pequeñito y rollizo, condición que se acentuó a lo largo de los años, de forma que llegó —ya cuarentón— a asemejarse a un pequeño tonel con patas, papada y mofletes rellenos.

A los catorce años abandonó la escuela, hizo un curso de FP (Formación Profesional) en electricidad y electrónica, y malvivía arreglando máquinas tragaperras y recreativas.

Ahora estaba ahogando sus penas en una discoteca de mala muerte, con un vaso de whisky que abrazaba con sus rollizas manos, bebida que era más un matarratas que el renombrado licor escocés.

Había tenido que salir a uña de caballo de su pueblo porque, siendo concejal en el ayuntamiento, se había visto involucrado en un feo asunto de recalificación de terrenos.

En el ayuntamiento le habían estado denegando a un viejo aldeano la recalificación de un terreno rural en urbano, hasta que el pobre hombre, agobiado por las deudas, accedió a venderlo y, por casualidad de las casualidades, pocos meses después el terreno fue recalificado. El afortunado comprador no era otro que un testaferro suyo. El pelotazo fue de varios millones de euros. Los herederos del engañado y desposeído aldeano juraron vengarse.

Las almas solitarias necesitan, de vez en cuando, desahogar sus penas y miserias, y PS se acercó exhibiendo una amplia sonrisa dibujada en su rostro y le dijo: «¡Hola, amigo!, ¿cómo va su pelea con el escocés?». «Prefiero el orujo, pero parece que en este antro no lo sirven».

Andaban atareados en este tipo de conversación banal cuando Severiano —así dijo el tipo que se llamaba: Severiano Cuenca; pero los amigos me llaman SC— reparó en una máquina recreativa que estaba apagada. «Chaval», le preguntó al jovencito con pinta de magrebí que servía en la barra, «¿esa máquina está averiada?». «Sí», fue la escueta respuesta del camarero de piel cetrina. «¿Dónde está el dueño?». «Allí», señaló el africano, indicando un rincón del local.

Con sus modales pueblerinos, SC se acercó a un individuo mal encarado que, cuando lo vio acercarse, se llevó la mano al interior de su chaqueta y toqueteó la empuñadura de su Luger P-08 Parabellum, que tenía siempre a punto.

Cuando SC vio el movimiento, levantó los brazos y dijo: «Tranquilo, jefe, solo deseo

preguntarle si quiere que le arregle esa máquina recreativa que tiene averiada».

«¿Aquella puta máquina? ¿Arreglarla, dices?». «Solo me causa problemas; si te la llevas, te la regalo».

LOS COMIENZOS

No tenían un chavo ni para alquilar una camioneta, pero, eran gente de ingenio e iniciativa —como todos los truhanes—.

Al día siguiente iniciaron lo que, durante los próximos meses, se convertiría en su *modus operandi*. PS había hecho amistad —los buscavidas suelen ser muy

sociables— con dos escultores de figuras de arena que también vivían en la playa. Les propuso un trato.

Todas las noches, los cuatro visitarían las discotecas más populares a la caza y captura de las inocentes cervatillas que, provenientes de los fríos predios escandinavos, arribaban a los cálidos pastos hispanos.

Y allí las esperaba una manada de lobos hambrientos —ríanse ustedes de los submarinos alemanes en la Segunda Guerra Mundial, los conocidos como wolfpacks—, sedientos de sus euros.

Escogían siempre a un reducido grupito, no más de tres descocadas y alegres jovencitas de piel blanca como la leche y rubia melena al aire, de forma que, cuando las invitaban a bailar, siempre quedara un guripa libre, que era, llamémosle así, el «recaudador».

Mientras las jovencitas se contorsionaban al ritmo de la trepidante y frenética música —si a eso se le puede llamar música—, el maromo que se había quedado en la mesa, con igual frenesí, hurgaba en los bolsos de las incautas bailarinas y, para más inri, trasegaba las bebidas que ellas aún no habían consumido. Una vez finiquitada su tarea, hacía una seña a los danzarines y estos se marchaban —a comprar tabaco—, y desaparecían ante el estupor de las jovencitas abandonadas en todo el centro de la pista de baile.

Así fue como PS y SC consiguieron su máquina recreativa, que las rollizas pero las expertas manos de SC lograron arreglar; okuparon un local abandonado y, en esas precarias condiciones, comenzaron lo que, al cabo de los años, convertirían en un emporio.